

PILAR EYRE
QUICO
SABATÉ
EL ÚLTIMO GUERRILLERO



PENÍNSULA [HUEZELAR]

Índice

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo a la presente edición](#)
- [1. El principio del fin](#)
- [2. Infancia en Hospitalet](#)
- [3. Adolescencia y aprendizaje](#)
- [4. De la sublevación de Jaca a la proclamación de la República](#)
- [5. Los Novatos](#)
- [6. Griselda, Carmelita, Leonor](#)
- [7. La Guerra Civil](#)
- [8. La lucha en Francia](#)
- [9. Del «exterior» al «interior» \(la guerra continúa\)](#)
- [10. Se forja la leyenda \(la vida clandestina\)](#)
- [11. Un informe policial](#)
- [12. Un año sangriento](#)
- [13. Caen Manolo y Pepe: «Dos Sabaté menos»](#)
- [14. El regreso de Quico](#)
- [15. Última etapa](#)
- [16. El fin](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Fotos](#)
- [Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para mi hermana Olga

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Cuando éramos pequeñas, a mis hermanas y a mí nos decían, en aquella España en penumbra debido a las restricciones eléctricas y la larga sombra del Caudillo, «si no merendáis, vendrá el Sabaté y os secuestrará». Nosotras no sabíamos muy bien lo que era secuestrar, pero podíamos imaginar perfectamente al monstruo como un ser sediento de sangre, feroz y primitivo como una alimaña. La vida, y también la muerte del Quico se contaban en voz baja, y por las noches yo permanecía febril e insomne deseando ser mayor para investigar y enterarme de qué quería decir «somatén», «meublé», «dinamita», «garrote vil», «anarquista», «perdulario», «amor libre», «amancebada», «revolución», «chivato», «tortura», «cárcel»... ¡Quería saber por qué al perro del comisario Quintela le habían puesto el nombre de *Cazador de sangre!*

Y cuando fui mayor, lo hice. Yo estaba entonces dedicada al más desenfadado ejercicio de mi profesión de periodista en varias televisiones de nuevo cuño, alteradas y con las hormonas revueltas cual adolescentes despendoladas. Y aun así, en este ambiente profesional tan poco propicio, me puse a investigar la vida de un hombre misterioso, un luchador libertario lleno de ideales, de pasión, de valentía, de aventuras insospechadas, de riesgo y de sacrificio, aunque también capaz de una frialdad y una crueldad despiadadas. Fueron dos años trabajando en silencio, entrevistándome con decenas de personas en citas secretas

que me recordaban la clandestinidad franquista, visitando archivos, (accedí a los expedientes policiales de Sabaté y sus hermanos, inéditos hasta esos momentos), viajando a Holanda y al sur de Francia, donde él vivió, y donde residían aún sus camaradas, no regresados de su largo exilio. El mejor, Antonio Téllez, al que desde aquí quiero rendir un modesto homenaje. Téllez fue un gran periodista, un gran libertario, un gran amigo, que apoyó fraternalmente mi trabajo y me permitió usar con generosidad sus libros, sus recuerdos y sus archivos. También hablé muchas horas con su amigo de la infancia, Francesc Pedra, viejo anarquista de Hospitalet, y asimismo con el hombre que lo abatió, Abel Rocha.

Yo, que he escrito más de una docena de libros biográficos, puedo decir que aquél fue el trabajo más difícil de todos. ¡Cuántas veces trataron de engañarme! ¡Cuántas veces dejaron de acudir a mis citas, o me llamaron luego para arrepentirse de lo que me habían contado, me suplicaron e incluso me amenazaron para que no escribiera este libro! Aun así, logré culminar este trabajo, que se publicó por primera vez hace catorce años. Desde entonces, no ha habido ninguna feria literaria a la que yo acudiese, ningún acto público en el que participase, ninguna conferencia que pronunciase, a las que no viniera algún anciano, cada vez menos, y algún muchacho, cada vez más, con un ejemplar estropeado por el uso entre las manos. Nadie quería mi firma, ni una dedicatoria. Simplemente me daban las gracias. De ahí que cuando Ramon Perelló, director editorial de Península, me propuso reeditarlo en el 50 aniversario de la editorial y en el centenario del nacimiento de Sabaté, sentí una gran alegría y, por qué no decirlo, un gran orgullo y una enorme emoción. La singular vida de Quico Sabaté, esos ideales libertarios por los cuales recurrió a una violencia sólo entendible en el contexto violento en el que se movía, la pureza austera y casi monacal de su vida, su sacrificio personal, su inmolación inevitable, su lucha constante y legendaria para lograr un mundo mejor, merecen ser recordados. Las vicisitudes de su vida sólo pueden explicarse en aquel

«tiempo de gigantes», como lo describía mi amigo Víctor Alba, porque Sabaté puede ser un héroe para algunos, pero no es un santo, porque los claroscuros de su vida resultan demasiado aterradores como para que sirvan de ejemplo. Y sin embargo, es totalmente contemporáneo porque en este momento de pérdida de valores, en que los jóvenes desconfían de los políticos y de las instituciones, escuchar la vida de este hombre que parece tallado en piedra berroqueña es una bofetada a nuestras conciencias. Equivocado o no, verdugo o víctima, asesino o justiciero, fue siempre fiel a sus convicciones, y a ese ideal de fraternidad, igualdad y libertad que canta el himno confederal entregó su vida:

Aunque nos espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber.

En su tumba del cementerio de San Celoni nunca faltan flores frescas y los muchachos de Hospitalet escriben todavía su nombre sobre las paredes.

PILAR EYRE, enero de 2014

CAPÍTULO 1

EL PRINCIPIO DEL FIN (4-6 de enero de 1960)

Cerco en el *mas* Clarà (Bañolas)
y huida de Sabaté

Periplo en tren desde Fornells
de la Selva hacia San Celoni

—¡Ríndete, Sabaté, cabrón!

Quico Sabaté aguza la vista para ver exactamente de dónde viene el grito; la luz ambarina del atardecer invernal bisela nítidamente, como a cuchilla, el contorno de los árboles que rodean la masía, y cree distinguir el brillo de un tricornio de la Guardia Civil. Dispara una ráfaga de metralleta que es respondida de inmediato por una lluvia de balas que rebota contra la piedra arrancando esquirlas y levantando nubes de polvo que enturbian la tersura transparente de la atmósfera.

Ahora es del suelo, casi a su lado, de donde surge un ruego tembloroso y espectral:

—¡Quico, Quico, vete, sálvate!

Sabaté está asomado a un ventanuco con su Thompson apoyada en el alféizar, tiene una herida de bala en el cuello que sangra incesantemente y no se gira pero reconoce la voz. Es uno de sus hombres, el libertario Antonio Miracle Guitart, peón de albañil de 29 años, que ha sido herido en el costado y está delirando. Sabaté sospecha que le quedan pocas horas de vida. Le contesta secamente:

—Calla, compañero, coño... Cómo voy a dejaros.

Sabaté sabe que Miracle no oye su respuesta, una voz que se pierde entre otra ráfaga de disparos. Frente a la puerta de la masía está el cadáver de un segundo compañero, Paco Conesa Alcaraz, con la gorra teñida de sangre todavía encajada en el cráneo. Tapado con una manta, Juan Sala, el *masover*, tiritaba bajo una mesa mientras su mujer, Balbina Alonso, una chica de 19 años, lloriquea y tira a Quico de la manga del mono azul para enseñarle un pe-

queño rasguño que se ha hecho en el dedo. Quico se tambalea y está a punto de caer:

—Cuidado, mujer, no me distraigas.

Pero Balbina se queja con el pulgar en alto, un fino reguero de sangre le resbala hasta la muñeca y no deja de agarrar a Quico impidiéndole disparar. Sabaté arroja el arma a un lado, y de su botiquín de campaña saca algodón y yodo con el que desinfecta el dedo de la muchacha. Es ya de noche, pero todavía se distinguen dos bultos tirados en el suelo: Rogelio Madrigal, el tercero de sus hombres, de 27 años, está inconsciente desde que lo han derribado frente al *mas* (Quico lo ha vuelto a meter en la casa arrastrándolo por los pies); Miracle, todavía vivo, sigue delirando:

—¡Sálvate, Quico, déjanos, nosotros ya tenemos lo nuestro, sálvate, Quico!

Es una cantinela atroz, una salmodia que repite desde hace horas, el tiempo que Quico y sus cuatro hombres llevan defendiendo su vida a tiros en el *mas* Clarà, al lado de Bañolas, a unos 50 kilómetros de la frontera francesa. Juan Sala y Balbina Alonso, que cuidan la masía, permanecen en el interior en calidad de rehenes. Afuera hay trescientos guardias civiles venidos de toda Cataluña para capturar a Francisco Sabaté Llopart, al que llaman Quico, considerado el enemigo número uno del régimen; al frente de ese cerco infernal está el exjefe de la Brigada Político-Social de Barcelona, Eduardo Quintela, que ha venido acompañado de *Cazador de sangre*, su perro.

Los guardias civiles siguen vomitando metralla sin cesar. Sabaté vuelve a la ventana y suelta una ráfaga de su Thompson. Únicamente cuenta con la ayuda de Martín Ruiz, el último de sus hombres, el más joven, apenas veinte años, y de Hospitalet, como él; pero no es un buen tirador, está herido en el brazo derecho y sólo puede disparar torpemente con el izquierdo. Es su primera misión como guerrillero y está asustado, y a pesar de todo se une a Miracle para pedirle:

—Sabaté, Antonio tiene razón, trata de salvarte tú. Es a ti al que buscan, a nosotros no nos pasará nada.

En un rincón oscuro de la vieja masía hay un antiguo horno de pan, en desuso. Martín Ruiz le insiste:

—Ve... Yo me ocultaré ahí, es imposible que me vean, y, cuando los ánimos estén más calmados, me entregaré.

¿Realmente lo cree Sabaté? ¿Lo da todo por perdido? ¿Se alza en su interior el instinto de supervivencia, egoísta y despiadado? ¿O confía una vez más en esa suerte prodigiosa que lo ha conservado con vida mientras a su alrededor han ido cayendo camaradas, amigos y hasta sus dos hermanos? Miracle, con una voz en la que aletea ya el estertor de la muerte, prosigue:

—*Salva't, Quico, ves-te'n!* (¡Sálvate, Quico, márchate!)

Los mira un instante y por fin se decide. Se ajusta el macuto donde lleva la munición, entre el cinturón y la barriga se coloca el Colt del 45 amartillado y se pone la Thompson en bandolera. Es casi medianoche del día 4 de enero de 1960. Los disparos han cesado, pero se oye un murmullo sordo desde más allá del robledal y se adivina una tenue claridad a lo lejos. En la cuadra hay dos vacas que mueven las quijadas rumiando pacíficamente. Quico se desliza a su lado, azuza a una para que salga, se oculta tras ella y procura acomodar su paso al del animal, pero no ha caminado dos metros cuando los recibe una descarga cerrada, la vaca cae mugiendo espantosamente y Quico, de un salto, vuelve a meterse en la casa.

Le han herido en una nalga y en el pie. Los *masovers*, locos de miedo, están abrazados bajo la mesa sin pronunciar palabra. No ve a Martín Ruiz, lo supone ya en su escondite. Del suelo surge un hilo de voz:

—*Salva't, Quico, salva't!* (¡Sálvate, Quico, sálvate!)

Quico está a punto de desvanecerse de sufrimiento, coge el botiquín y busca febrilmente la morfina, se la inyecta directamente en el muslo sin quitarse el pantalón, en la nalga se echa un chorro de yodo y, después, se tapona la herida del cuello con gasa. No se quita la bota de montaña que lleva, pues teme que el pie herido se le hinche y no

pueda calzarse de nuevo. Regresa a la cuadra; la segunda vaca, como presintiendo algún peligro, se niega a salir. Esta vez, Sabaté no se protege con ella, al contrario, la empuja y el animal se arranca con un pequeño trote; vuelve a oírse una descarga y la vaca cae en una trágica pirueta. Al mismo tiempo, Quico empieza a arrastrarse sobre los codos, centímetro a centímetro va atravesando el pequeño calvero que rodea la casa, las balas de las ametralladoras no lo descubren en su terrible recorrido y consigue llegar a los matorrales. Entonces, increíblemente, en medio de la oscuridad, ve a alguien que reptaba sobre la tierra hacia la casa y que va diciendo en un susurro a los números apostados:

—No tiréis, soy el teniente; no tiréis, soy el teniente.

En efecto, es el teniente Francisco Fuentes de Fuente Castilla-Portugal. Sin dudarlo, Quico se saca el Colt de la cintura y le pega un tiro entre las cejas. Nadie presta atención a un disparo aislado en medio del crepitar de las armas. Y, reptando de nuevo, Sabaté pasa los cuatro cordones de vigilancia imitando el susurro del oficial:

—No tiréis, soy el teniente; no tiréis, soy el teniente.

Sin reconocerlo, los guardias civiles le abren paso mientras disparan hacia la masía barriando puertas y ventanas. Quico echa la vista atrás y ve una columna de humo —seguramente han lanzado una granada—, remolinos de chispas y ceniza elevándose hacia el cielo y alaridos de terror. Comprende que sus compañeros han sido aniquilados. No sabemos si en ese instante sintió compasión por aquellos muchachos, aquellos compañeros que se habían dejado arrastrar a esa aventura crepuscular e insensata. No lo sabremos nunca.

En la noche dura y fría se oye una voz furiosa que se destaca entre todas; es la voz de Quintela, que lleva persiguiéndolo quince años:

—¡Quiero a Sabaté! ¡Buscadlo, cojones! ¡Quiero a ese hijo de puta! ¡Traédmelo vivo o muerto!

Quico se aleja cojeando. En las negras montañas que se recortan en el cielo resuenan los ecos:

—¡Vivo o muerto! ¡Vivo o muerto!

Probablemente, Sabaté camina de una tirada los 18 kilómetros que lo separan del puente de la Dehesa de Girona, aguas arriba, y cruza a nado el río Ter. Permanece escondido durante el día 5, con toda seguridad en alguna cabaña de pastores, y, cuando se hace de noche, con una temperatura de varios grados bajo cero, herido y empapado, recorre otros diez kilómetros hasta llegar a la estación de ferrocarril de Fornells de la Selva, a no mucha distancia de la costa, donde se oculta en una de las barracas que utilizan los peones camineros.

A las seis de la madrugada pasa el tren expreso número 1104, procedente de Portbou, que va a Massanet-Massanas. Quico, pistola en mano, se encarama a la locomotora y encañona al fogonero Joaquín Puig Suárez y al maquinista Pedro García Marcos, un gallego que al día siguiente de estos hechos desapareció para siempre por temor a las represalias. Los dos hombres lo miran aterrados. Sabaté les grita, con la voz desgarrada por el dolor:

—¡Soy el Quico!

Y luego les señala la máquina con la pistola:

—¡Adelante, no paréis hasta Barcelona!

Puig y García, estremeciéndose, le explican que eso es imposible porque en Massanet deben detenerse para cambiar la locomotora de vapor por una eléctrica.

—Venga, pues seguid hasta Massanet, ya os diré allí lo que tenéis que hacer.

Semiinconsciente, pero sin dejar de apuntarles, Sabaté se deja resbalar hasta el suelo, lleva las ropas sucias de sangre y de sus heridas se escapa ya el hedor a leche cortada de la gangrena, pero es tal el pánico que su nombre provoca que los dos hombres se ponen dócilmente a los mandos de la máquina y emprenden el viaje más extraño de sus vidas.

Sabaté reclina la cabeza en la escalerilla y aspira con fuerza el aire marino.

CAPÍTULO 2

INFANCIA EN HOSPITALET (1914-1923)

Huelga de La Canadiense (febrero-marzo de 1919)

Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930),
durante el reinado de Alfonso XIII

Martínez Anido (gobernador civil de Barcelona)
declara ilegal la CNT

Lluís Companys, abogado sindicalista, es deportado
a Mahón por Martínez Anido (1930)

Salvador Seguí, el Noi del Sucre, es asesinado
(10 de marzo de 1923)

Difusión de la Escuela Moderna

Y eso que Rogent se lo decía siempre mientras liaba un pitillo: «Que los olores no se recuerdan, chaval, que está científicamente comprobado»; e insistía en lo de científicamente para que en algo se notara que era un maestro racionalista. Y en este punto pasaba la lengua por el papel de fumar, lo enrollaba, lo levantaba mirándolo al trasluz, lo sacudía y se lo acomodaba en una esquina de la boca, donde cobraba vida propia, yendo arriba y abajo al compás de las palabras, como un trapeceista: «Chaval, tú... Se recuerdan los sabores, el tacto, el sonido, pero los olores no».

Coño que no se recuerdan. A Quico no se le ha borrado jamás el olor de su pueblo; es un olor que está en el hueco de su brazo cuando duerme, en los muslos de Leonor, en la culata de su pistola. El olor a polvo, a ganado, el olor húmedo de la riera y, por encima de todo, el olor amargo de la fábrica de aceites y grasas industriales de Emilio Páilhez, el tufo que el viento del sur traía y que les golpeaba la cara como un latigazo. Su calle era de tierra, como todas, en el corazón de Hospitalet viejo, Xipreret número 55, planta baja, haciendo esquina con un callejón. Las escasas bombillas temblaban en la noche creando pequeños círculos de luz amarillenta. Hospitalet, en los primeros decenios del siglo xx (Quico ha nacido el 30 de marzo de 1914), era ruido de sirenas de fábrica y oscuridad. A seis kilómetros de Barcelona, el puñado de casuchas de los aparceros que cuidan los cultivos, casi todos propiedad de los Buxeres, se ha ido extendiendo y ensanchando hasta que ha quedado unido a Barcelona sin solución de continuidad, cruzado por callejones retorcidos y viscosos como culebras,